

NOS[YO]OTROS

José Ángel Artetxe

Uno. El interés por el sujeto no ha decaído desde que Descartes inaugurara la Modernidad filosófica. Ya sea como sustancia o como forma (ente vivo), llega hasta nuestros días centrado en su cualidad de creador de las propias experiencias por las que se relaciona con el mundo y se constituye como tal. Entre los «críticos de la subjetividad», Michel Foucault, quien, tras reducirlo a un juego de estructuras de saber y de relaciones de poder, anunciara la «muerte del hombre», posteriormente se daría cuenta de su inevitabilidad desde el punto de vista ético. Retomando el mensaje de Nietzsche de afrontar el presente sin consuelo ni redención, afirmó la necesidad de superar al hombre para ser simplemente humano.

El conocimiento de «sí mismo», como diría Michel Foucault, es hoy imprescindible e impostergable. Y, sin embargo, debemos recordar que el hombre es el primer extraño para su propia persona y el más grande enemigo de sus íntimos deseos. En esta problemática de empeño edípico se integra la obra última de Juan Carlos Meana.

El sujeto sale al mundo, ha de estar y moverse en él, ha de aceptar el presente y sus determinaciones, pese a que nada de ello le resulte suficiente, ni del todo propio. No como un deber, sino como algo que constituye un estado del individuo. Es la afirmación de la vida y de la autodeterminación personal. Como condición de una *vida vivida* de modo en el que «vivir» no signifique exclusivamente «padecer». Y atendiendo a los contenidos, a lo que viene al encuentro, aunque sin entregarse del todo ni quedar atrapado por las cosas o apresado en las identidades. Se trata de ir encontrando el camino, el regreso a un hogar que, realmente, se va haciendo en el curso de ese viaje. En verdad, vivir será irse demorando en las particularidades que son las cosas y los estados de cosas, situaciones, órdenes, mundos. Pero también vivir es no dejarse atrapar por ninguna de ellas; antes bien será hacer pie en ellas.

«El sujeto no es una esencia a desvelar, sino una identidad por construir, un artificio», como señala Manuel Cruz en *Tiempo de subjetividad*. Y una dificultad principal para ello, casi un callejón sin salida, es la funesta manía de reducir la identidad a identidad nacional (o étnica) y el establecimiento de políticas identitarias. Podría parecer, por ejemplo, que el ser europeo *va de soi* y lo mismo se podría decir de la vinculación del individuo con ciertas regiones o nacionalidades antiguas. Estos dos niveles, comparables pero diferentes, son connaturales con la persona. Son coincidencias profundas con las propias ecuaciones entre el pasado y el presente, indivisibles de las de la compleja sociedad que nos envuelve y de la que participamos. Intuidas riquezas siempre reacias a cualquier explicación analítica. Así, toda explicación será superficial, simplificadora y sobre todo superflua para quien se reconoce consustancialmente en esa participación, mientras que la precisión de formularla es característica del forastero, de quien atiende el fenómeno regional o el europeo desde fuera (¿No es esto lo que evidencia Josef Bloch, el protagonista de la novela *El miedo del portero al penalti* (1970) de Peter Handke? ¿O, más aún, Meursault, otro «extraño» entre los suyos, en *El extranjero* (1942) de Albert Camus?). Son dos niveles que, vividos desde dentro, en la simultaneidad, pueden coexistir y superponerse, al tiempo que los dos contrastan notablemente con la pertenencia al Estado-nación o a la nacionalidad propulsada y sostenida por las ideologías o, en ciertos lugares y momentos, por los terrorismos.

El nacionalismo es la más poderosa y la más eficaz herramienta simplificadora del hombre. Es la que dispone de mayor número de recursos (la lengua única, la escuela obligatoria, el cuartel, el partido político, la guerra, los medios de comunicación, la interpretación de la historia del país, el concepto de literatura nacional) a lo largo de los años. Una serie de presiones sociales, que actúan de común acuerdo sobre la persona, modelándola, tallándola, reduciéndola a una singularidad explícita y hegemónica. La persona

multidimensional, el *homo multiplex* –no invariable, sino el hombre en el momento en que es múltiple, o sabe que lo es, o mejor, cuando tiende a serlo– ha de admitir así una definición simple y colectiva. Se vuelve de pronto prioritario el plano estatal-nacional, frente al local o al europeo, en ese encuentro con la «identidad» como imagen construida por el individuo para su percepción de sí mismo y, ante todo, frente a los demás en relación con categorías de clase social, sexo, profesión, grupo o nacionalidad. Es el sentimiento de identidad personal propiciado por la presión social. No fue el desarrollo «natural» de la nación el que originó el nacionalismo, sino, a la inversa, como mostró Ernest Gellner, el nacionalismo fue el que creó la nación. «La identidad se impone desde fuera. No me dice quién soy ni el sentido de lo que hago, sino quién debo ser y las conductas que se esperan de mí, bajo pena de sanción», escribía Alain Touraine en *Pour la sociologie*. No resultará extraño que alguien como Amin Maalouf redactase un opúsculo bajo el título de *Identidades asesinas*. Baste pensar que 120 millones de desplazados sin patria circulaban por el planeta a finales del siglo XX escapando de la miseria y la opresión. Son las figuras que supuestamente encarnaban a la perfección la universalidad abstracta del sujeto de la Declaración de los Derechos del Hombre y que se encontraron, finalmente, internados en campos de concentración precisamente por eso: no ser franceses, ni españoles, ni siquiera persas. El problema de los refugiados, que cuestiona radicalmente los pilares del Estado-nación, escribía Hanna Arendt, se delegó en las organizaciones internacionales humanitarias, las declaraciones piadosas sobre la importancia de los derechos humanos y la política ascendida a instancia soberana de decisión.

En NOS[YO]OTROS se afrontan las problemáticas identitarias del sujeto desde la influencia intelectual de Georges Bataille y Maurice Blanchot y la filosofía de la pérdida. «Nos une la pérdida en la que nos vemos inmersos», como apunta Juan Carlos Meana.

Dos. De largo, Juan Carlos Meana ha venido empleando en sus trabajos formatos y materiales que oscilan entre la escultura y la instalación. Se ha caracterizado por el empleo de ciertos elementos recurrentes, constitutivos de su imaginario: molduras de escayola y enseres domésticos, astas con y sin banderas, espejos y vitrinas que condicionan o dificultan la observación..., dando como resultado unas piezas de aspecto frágil y precario, austero y silente. Rasgos que nos llevan a destacar en ellas una poética del vaciamiento de sentido plasmada con austeridad física y constructiva, al modo de una presentación de restos de la Historia y ruina de toda épica y gloria patria. Junto a materializaciones que pretenden propiciar otras miradas y el desnudamiento de identidades.

Una obra cuya temática transita desde la mirada como instrumento de conocimiento, el proceso creativo y el mito de Narciso, hasta el sujeto, la identidad individual y sociopolítica o el poder.

La muestra *NOS[YO]OTROS* que ahora ofrece Meana para exponer su trabajo último recoge tres piezas anteriores a modo de nexo o de hilo de Ariadna tensado con etapas anteriores. Son la fotografía *Sin país* (2012), la pieza escultórica *Faltan héroes para darle la vuelta al mundo* (2012-2018) y el vídeo *Confidencias del deseo* (2007) de la serie «Después de Narciso», ejemplos de la apertura a medios y técnicas. Ahora, los parámetros conceptuales y los elementos formales que caracterizan su trabajo son reafirmados.

El «estilo Meana», actúa como el bloc de notas del artista. Y en este conviven diferentes formas, trazos e ideas haciendo que sus proyectos sean asumidos como un palimpsesto de capas. Bajo el título *NOS[YO]OTROS* presenta trabajos realizados desde 2016. Esculturas e instalaciones de elementos recuperados y/o prefabricados, pinturas sobre hule, fotografía y vídeo... todos ellos objetos o arquitecturas que son cosas construidas e intencionadamente dispuestas para crear una relación con la mirada del espectador.

De hecho, las piezas funcionan como nodos interconectados sin una dirección preestablecida.

Tal diversidad en Juan Carlos Meana es la negativa a ser identificado con una forma unívoca capaz de explicitar una fórmula como marca personal. Antes bien, frente a la obra de arte como entidad y su incapacidad de transmitir verdades incuestionables, la versatilidad formal es la plasmación de una idea vertebradora de un recorrido. La elección de lugares de tránsito antes que reificaciones le permite elaborar un discurso que subraya el elemento procesual y pone de manifiesto un contenido antes que un fetiche autónomo.

A objetos como el espejo (en posiciones que dificultan su función), las astas (desnudas, quemadas, derribadas o con banderas descoloridas) o los enseres cotidianos, se suman ahora otros para ampliar la reunión de medios y disciplinas: herramientas de medición, casquillos de bala, jabones..., de claras connotaciones, que contribuyen a conformar la caligrafía de madurez propia e identificable de Juan Carlos Meana

Tres. Las piezas que componen esta muestra pertenecen a seis series. Estas no responden a un agrupamiento por disciplinas, medios o materiales empleados. Ni siquiera al proceso de elaboración material de las mismas. Lejos de aunar toda la exposición bajo un único *leitmotiv*, entre ellas se observan encabalgamientos y superposiciones de procedimientos y de temáticas, podría decirse que desarrollan tramas que llegan a entrecruzarse.

Ninguna de las piezas es un experimento aislado de laboratorio; todas responden al momento presente y cada serie da cuenta de la relación establecida por Juan Carlos Meana entre obra, archivo y proceso creativo.

– *Laboratorio de conflictos*

El laboratorio es siempre un lugar de ensayo, de experimentación o de elaboración. La locución «de laboratorio» habitualmente es usada en sentido despectivo: «creado de forma artificial».

– *Comunidad*

Es siempre la cualidad de lo común, de lo que pertenece a varios. Denomina un conjunto de personas perteneciente a un pueblo, región o nación. Y también a una religión.

– *Pertenencia*

Es la relación de una cosa con quien tiene derecho a ella. También es la cosa que es propiedad de alguien determinado y, en otra acepción, a la inversa, es la circunstancia de formar parte de un conjunto, clase, grupo o comunidad.

– *Asépticos*

Lo aséptico es neutral, frío, sin pasión. Todo lo relativo a la asepsia se requiere libre de infección y engloba los procedimientos destinados a preservar de gérmenes, como la esterilización.

– *Después de Narciso*

El mito de Narciso es una constante en el trabajo de Meana. El espejo actúa como dispositivo de fragmentación y de desplazamiento de la subjetividad, nos muestra la impotencia de la propia mirada. Y nos mueve al cuestionamiento del espectador, del artista y de la pieza.

– *Creencias*

Creencia es el asentimiento y la conformidad con algo; el completo crédito que se presta a un hecho o noticia.

Juan Carlos Meana hace uso de estrategias retóricas y de producciones que son «alegorías de la visión». El arte como un lenguaje del fracaso del decir y el artista, en su deseo de expresarse, a lo sumo, logrando plantear la incertidumbre por la condición expresiva del mismo lenguaje. Siempre y en todo caso, mediante manifestaciones de rigor conceptual y diversidad formal con un inventario fáctico que le ayuda en la gestión de las ideas.